

La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades
Texto adaptado al castellano moderno por Antonio Gálvez Alcaide

PÁGINAS DE MUESTRA

CAPÍTULO PRIMERO

Lázaro cuenta su vida y de quiénes fue hijo

Suplico que usted reciba la información que solicita de mano de quien la hiciera más rica, si es que se ajustan su poder y su deseo. Como usted me pide que se le escriba y que le relate el caso muy por extenso, me pareció mejor no empezar por el medio, sino por el principio, para que se tenga entera noticia de mi persona y para que consideren los que heredaron títulos aristocráticos qué poco se les debe, ya que la Fortuna no fue con ellos imparcial. Cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, remando con fuerza y maña, llegaron a buen puerto.

Sepa usted, antes que nada, que a mí me llaman Lázaro de Tormes. Soy hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento tuvo lugar dentro del río Tormes, de ahí mi apodo. Sucedió de esta manera. Mi padre, que Dios perdone, tenía a su cargo preparar la molienda de una aceña que está en la orilla de aquel río, en la que fue molinero durante más de quince años. Estando mi madre una noche en la aceña, preñada de mí, se puso de parto y me parió allí mismo. Así que, ciertamente, puedo decir de mí que he nacido en el río.

Cuando yo era niño de ocho años, culparon a mi padre de ciertos hurtos en los grandes sacos de los que iban a moler. Fue hecho preso, confesó y no negó, con lo que pade-

ció la persecución de la justicia. Espero que Dios lo tenga en Gloria, pues el Evangelio llama bienaventurados a los perseguidos. Por aquel tiempo se estableció cierta expedición contra moros. En ella participó mi padre, que en aquel momento estaba desterrado por la desgracia ya dicha. Participó como mulero de un caballero que estuvo allí. Y con su señor, como leal criado, terminó su vida.

Mi viuda madre, como se vio sin marido y sin abrigo, decidió arrimarse a los buenos para ser uno de ellos. Y se vino a vivir a la ciudad. Y alquiló una casilla. Y se metió a cocinera de ciertos estudiantes. Y lavó la ropa de algunos mozos de caballos del comendador de la Magdalena. Así que mi viuda madre frecuentó las caballerizas.

Ella y un hombre moreno de aquellos que cuidaban a las bestias, llegaron a conocerse, a intimar. El hombre, en algunas ocasiones, entraba a nuestra casa y se iba por la mañana. Otras veces, de día, se acercaba a la puerta y, con la excusa de comprar huevos, se metía dentro. A mí, al principio, me disgustaba y le tenía miedo, viéndole el color que tenía y su fea cara. Pero desde que vi que con su llegada mejoraba la comida, le fui queriendo bien. Siempre traía pan, pedazos de carne y, en invierno, leños con los que nos calentábamos.

Como el hombre continuaba en la casa, mi madre, con el amancebamiento, vino a darme un negrito muy bonito, al que yo acunaba y ayudaba a calentar. Recuerdo que una vez, estando el negro de mi padrastro jugando con el mozuelo, como el niño nos veía a mi madre y a mí blancos, y a él no, huyó de él con miedo hacia mi madre, y señalándolo con el dedo, dijo: «¡Madre, cocol!». A lo que el padre respondió riendo: «¡Hijoputa!». Yo, aunque muy niño, pensé en aque-

llas palabras de mi hermanico, y me dije: «¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven a sí mismos!».

Quiso nuestra suerte que el amancebamiento de Zaide, que así se llamaba, llegara a oídos del mayordomo del comendador de la Magdalena. Al comprobarlo, descubrieron que robaba la cebada para las bestias, y la cáscara del trigo, y la leña, y las almohazas, y los mandiles, y las mantas y sábanas de los caballos. Incluso cuando no tenía otra cosa, desherraba a las bestias. Con todo lo robado se presentaba a mi madre y la ayudaba a criar a mi hermanico. Pero no nos asombremos por esto. Así como un pobre esclavo roba para mantener a su mujer y a sus hijos, hay clérigos y frailes que hacen lo mismo para mantener a sus mancebas y a las criaturas que tienen con ellas; los clérigos, robando a la parroquia, a los pobres; y los frailes, al convento.

A mi padrastro se le probó cuanto digo, y más aún, porque a mí me preguntaban con amenazas y yo respondía como niño que era, descubriendo con miedo cuanto sabía, incluso ciertas herraduras que vendí a un herrero porque me lo mandó mi madre. Al triste de mi padrastro lo azotaron y lo pringaron, y a mi madre la sentenciaron, aparte de al acostumbrado centenar de azotes, a que no entrara en la casa del mencionado comendador, ni acogiese en la suya al lastimado Zaide.

Para no perderlo todo en aquella desgracia, evitar peligros y librarse de las malas lenguas, la triste de mi madre se esforzó, cumplió la sentencia y se fue a servir a los que vivían en el mesón de la Solana. Y allí, padeciendo mil molestias, mi hermanico y yo nos acabamos de criar; él, hasta que

supo andar; yo, hasta ser un buen mozuelo, llevándoles vino a los amos del mesón, velas y todo lo que me mandaban.

Por aquella época se hospedó en el mesón un ciego. Le pareció que yo podría servirle de guía y le pidió a mi madre mi servicio. Ella aceptó y le informó de que yo era hijo de un hombre tan bueno que, por engrandecer la fe, había muerto en la campaña de los Gelves. También le dijo que, confiando en Dios, yo no saldría peor hombre que mi padre. Le rogó que me tratara bien y que mirara por mí, pues era huérfano. Él le respondió que así lo haría, y que me recibía no por mozo, sino por hijo. Así comencé a servir y a hacer de guía a mi nuevo y viejo amo.

Estuvimos en Salamanca unos días. Como a mi amo le pareció que no ganábamos mucho dinero, decidió marcharse. Cuando tuvimos que partir, yo fui a ver a mi madre. Ambos llorando, me dio su bendición y me dijo:

—Hijo, sé que no te veré más. Procura ser bueno y que Dios te guíe. Te he criado y te he puesto con buen amo. Válete por ti.

De esta manera me fui hacia mi amo, que estaba esperándome. Salimos de Salamanca y llegamos a la entrada del puente, donde hay un animal de piedra que casi tiene forma de toro. El ciego me mandó que me acercara al animal. Así lo hice y me dijo:

—Lázaro, acerca el oído al toro y oirás dentro de él un ruido muy grande.

Yo, inocentemente, me acerqué creyendo que sería así. Cuando se dio cuenta de que tenía la cabeza junto a la piedra, puso recia la mano y recibí un gran cabezazo contra el toro del diablo, un cabezazo tan grande que el dolor de la cornada me duró más de tres días. Y me dijo: